

Una niña se moja las manos en la lluvia del arpa. Los neurasténicos violines duermen en su ataúd y los pianos tienen teclas de luto, por si los tocan en los días de duelo. . . En un rincón, un pájaro de metal está bebiendo en el platillo de la victrola.

Todo lo ve el poeta a través de una pantalla fantástica, que le brinda imágenes que son verdaderos hallazgos. Engañado tal vez con su riqueza cae en la prodigalidad, y entonces o lo vemos acumular una sobre otra las imágenes que le sobran como moneda sencilla, o—lo que es más grave—lo vemos adocenar su expresión metafórica en imágenes torpes y poco elegantes:

. . .tus balcones de impotencia. . . ;
. . .los oscuros pasadizos de tu angustia. . . ; . . .la bufanda de tu recuerdo. . . ; . . .los ascensores de la pena. . .

Todo lo cual no impide que en esta segunda parte, fechada en 1927, encontremos los más logrados poemas del volumen: *Sinfonía escolar*, *Parábola del viento* (1), *Poema de la infancia*, tal vez el mejor trozo de este libro, etc. Poemas cuajados de imágenes atrevidas, bien logradas las más y muchas admirables. Poemas que nos prueban la auténtica calidad del talento de Santelices, que salvo las vacilaciones propias de su edad, me parece uno de los más atendibles y prometedores de la nueva generación literaria de Chile.
—R. Silva Castro.

(1) ¿Por qué parábola? Vea el autor en un diccionario lo que es parábola y comprenderá que su poema no tiene nada de común con esa forma literaria.

METRICA

ESTUDIOS DE MÉTRICA ESPAÑOLA,
por Julio Vicuña Cifuentes.

Escribir de métrica en estos días puede parecer sólo afán arqueológico. Desde las postrimerías del modernismo el verso se ha venido deshaciendo con ejemplar constancia. ¿Qué poeta piensa en rimar? ¿Cuántos atienden a los acentos y cuentan las sílabas? Sin embargo, la métrica existe. El que quiera usarla podrá hacerlo sin que nadie se lo reproche. Más aún: la poesía ha vestido durante siglos el preciso corsé de la rima y del ritmo. Para estudiar cabalmente la poesía es preciso conocer la métrica, aun cuando ésta parezca superflua a los enloquecidos innovadores de las letras.

Don Julio Vicuña Cifuentes se despide de sus alumnos y alumnas del Instituto Pedagógico con un *Estudios de métrica española* (1). En este volumen, impreso elegantemente, se leen tres partes distintas. Una primera, compuesta por dos artículos de polémica en que el autor establece fehacientemente, mediante una erudición de primera mano y esgrimida con agilidad, la no existencia del verso yámbico de trece sílabas. En la segunda parte se leen estudios métricos sobre temas diferentes que prueban la amplísima versación del señor Vicuña en materias métricas.

En una tercera parte, que se titula *Resumen* y que es en verdad un

(1) *Estudios de métrica española*. Editorial Nascimento. Santiago, 1929.

Epítome de versificación castellana, el autor reúne sus observaciones y hace obra de tratadista de la versificación. Este *Epítome* no es un simple nuevo tratado de métrica sino que es un estudio lleno de observaciones originales. El señor Vicuña, basado en buenas autoridades y sobre todo en el ejemplo de los versos empleados por poetas españoles e hispanoamericanos de todas las épocas, hace nacer las formas métricas de lengua española en el verso de cinco sílabas y no reconoce como tales a los pretendidos versos de dos, tres y cuatro sílabas que otros tratadistas han pretendido consagrar. Establece, además, la diferencia entre *cesura* y *pausa*, que tiene importancia considerable desde el punto de vista de su demostración y que estriba en lo siguiente:

La pausa divide *versos*, no *hemistiquios*.

La cesura se diferencia de la pausa:

1.º En que la cesura repugna el hiato y propicia la sinalefa entre los hemistiquios. . .

2.º En que a la cesura le es indiferente el último acento. . .

Recíprocamente, la pausa se diferencia de la cesura:

1.º En que la pausa rechaza la sinalefa y acepta el hiato entre los versos. . .

2.º En que la pausa cuenta siempre una sílaba, y sólo una sílaba después del último acento. (Págs. 174-5.)

Al tratar de cada uno de los versos existentes en castellano, lo mismo que al examinar las estrofas, el señor Vicuña Cifuentes se aparta de sus predecesores y renueva los ejemplos de versificación y estróficos. Este no es un simple detalle, sino

que tiene su importancia, sobre todo si se observa que en tratados que pasan por fidedignos se han deslizado ejemplos falsos de versos, debido sin duda a insuficiencia del oído de los tratadistas o a errores en la computación de cláusulas o en la apreciación del valor de los acentos.

Tiene de nuevo el *Epítome* del señor Vicuña, además, el agregado de noticias históricas, críticas, sobre cada una de las formas métricas tratadas y de las estrofas que se mencionan. De esta manera el estudioso puede seguir el rastro de un verso o de una estrofa en la literatura española y saber, con poco esfuerzo, cuáles fueron los poetas más caracterizados que —en diversos siglos— lo usaron.

A este libro, tan cuidadosamente elaborado, tan preciso y tan metódico, lo afean numerosas erratas de impresión que llegan a entorpecer el sentido de frases del autor. Estas erratas han sido salvadas, en parte, en una fe compuesta de veinte e inserta en el texto y en una hoja suelta que registra siete más. Pero fuera de todas éstas quedan algunas, y no despreciables, que han escapado al expurgo.

Anuncia el autor una *Historia de la cultura chilena*, desde sus orígenes hasta nuestros días, como obra actualmente en preparación. He aquí un libro que hace falta y que el señor Vicuña Cifuentes está bien capacitado para realizar. Si el autor necesita—como es lógico suponer—estímulo para producir, creo que los aplausos cosechados por su última obra serán suficientes para que en poco tiempo más leamos las páginas

de su *Historia*. El buen gusto, el talento y la espléndida documentación de que dispone el señor Vicuña aseguran a su libro una vida espléndida.

De esta manera se habrá coronado con una obra solidísima, esperada anhelosamente por todos, una carrera literaria que cuenta ya cuarenta años y que, a pesar de desmayos transitorios, promete todavía páginas de privilegiado interés a todos los chilenos.—R. Silva Castro.

CUESTIONES SOCIALES

TEMPESTAD EN LOS ANDES, por Luis E. Valcárcel.

El libro *Tempestad en los Andes* (1) del escritor peruano Luis E. Valcárcel, intenta una reivindicación del *indigenismo*, vasto problema de raza en la tierra de Manco Capac. La raza quechua renace en las páginas combativas de este libro que tiene entonaciones proféticas e inquietudes de artista. Porque Valcárcel espera, tiene fe profunda en la próxima aurora indígena. La sierra está llena de Espartacos, apunta en el prólogo José Carlos Mariátegui, el hondo ensayista peruano; sólo que no concede gran valor a la reivindicación como problema filosófico o cultural, sino cuando, convertido en realidad tangible, asuma

el carácter de problema económico o político. Es decir, un carácter de realidad social.

El indio se resigna, se inmoviliza en la actitud pétrea de las ruinas. Vive sometido, esclavizado, confinado en las agrias gargantas andinas o en los valles inaccesibles de la sierra. Sueña o vuelve su corazón a los lejanos días del señorío. La nostalgia del dominio sobre las tierras por las cuales vagaba libremente, está viva, aunque oculta en lo subterráneo de su conciencia aparentemente en letargia. El *gamonal*, entre tanto, lo ha acorralado. Para el gamonal el indio es una bestia. Y este fenómeno del feudalismo, en pleno corazón del continente, no es una vana palabra, sino una realidad dura y aplastante. El *gamonalismo* se interna en la sierra, tiene ramificaciones, recias y apretadas, que parten desde la costa, la región del blanco o del mestizo, y van a infundir la desesperanza en los propios esclavos, puesto que convierte al indio alfabetizado en explotador de sus propios hermanos. El *gamonalismo* comprende que en esta humillación reside gran parte de su fuerza y se obstina en ahondar las divergencias.

Pero el indio no se abate. Hay una fuerza centenaria de repulsión y de rencor contra el blanco, que arranca de lo más oscuro e inextricable de su naturaleza indómita. El blanco pudo vencerlo, pero no impidió que bajo la resignación inmóvil y petrificada ardieran las llamas del odio. El rostro del indio es mudo, hermético, impenetrable, siniestro. Revela milenios libres, amplias y turbadoras nostalgias, inmensas zo-

(1) *Tempestad en los Andes*. Editorial Minerva, Lima.